

El guardián de las horas muertas

Camila Jiménez Ríos

*El guardián de las horas
muertas*

*A quienes sueñan con lo imposible,
a los que cuidan los instantes que nunca sucedieron,
y a aquellos que, en medio de la oscuridad, encuentran la luz en otro
corazón.*

*Esta historia es para quienes creen que el amor y la esperanza pueden
trascender el tiempo y la realidad,
y que, a veces, lo inesperado es lo que hace que la vida sea verdaderamente
extraordinaria.*

Capítulo 1. El archivo de lo *inexistente*

Nadie recordaba las horas que nunca habían existido. Nadie guardaba memoria de los besos que jamás llegaron a darse, de las cartas que nunca fueron escritas, de las promesas que murieron antes de nacer. Nadie... excepto él.

Auren era el guardián de lo invisible, el custodio de los instantes rotos. Vivía en un lugar al que nunca llegaba la luz del sol ni el silencio de la noche, porque allí no existía el tiempo tal como los humanos lo conocían. El Archivo de lo Inexistente era un espacio sin fronteras, un reino que se desplegaba en corredores interminables suspendidos en la nada, como si alguien hubiera construido una biblioteca sobre el vacío.

Las paredes, si es que podían llamarse así, estaban formadas por estantes infinitos que se curvaban en direcciones imposibles. En ellos descansaban miles,

millones, quizás infinitos frascos de cristal. Cada uno guardaba una chispa, un resplandor leve que contenía un instante que nunca ocurrió: una palabra que se perdió en la garganta, una puerta que jamás llegó a abrirse, un camino que no se tomó. Al pasar cerca de ellos, se escuchaba un murmullo tenue, como si los ecos de lo inexistente intentaran narrar su propia historia en un idioma que nadie podía comprender.

Auren recorría los pasillos con pasos lentos. Su figura parecía humana, pero no lo era del todo. Su piel reflejaba tonos cambiantes, como si su cuerpo absorbiera la luz de los frascos cercanos. A veces su rostro parecía joven, a veces anciano, y en raras ocasiones se dibujaban facciones que no habían pertenecido nunca a ningún hombre ni mujer del mundo real. Sus ojos eran lo único constante: dos orbes dorados, como ámbar líquido, que contenían una melancolía inmutable.

Él no recordaba cuándo había empezado a existir. Tal vez siempre había estado allí, quizá desde antes de que el primer humano pronunciara la primera palabra. O tal vez había nacido de la necesidad del universo de custodiar lo que no sucedió. La respuesta no le importaba demasiado. Lo único que sabía era que su deber era

claro: vigilar y proteger los instantes que no llegaron a existir.

Porque, aunque nadie lo supiera, lo inexistente era tan importante como lo real. Los instantes rotos mantenían el equilibrio. Eran la sombra que daba forma a la luz, la ausencia que permitía comprender la presencia. Si desaparecieran, los mundos se desmoronarían bajo el peso de una realidad sin contraparte.

Auren solía detenerse frente a algunos frascos más que otros. Había uno que contenía la imagen de un niño corriendo hacia los brazos de su padre, un abrazo que nunca llegó porque la guerra separó sus caminos. Había otro que mostraba a una mujer escribiendo una carta de amor que nunca envió, y otro con un anciano que, en el umbral de la muerte, quiso pedir perdón pero calló. Cada instante tenía un silencio propio, un eco que Auren escuchaba con la atención de un sacerdote frente a lo sagrado.

Aquella noche —si es que la palabra “noche” tenía sentido allí— el Archivo tembló. Fue un estremecimiento ligero, apenas perceptible, como un suspiro que recorrió los corredores infinitos. Auren se detuvo de inmediato.